

La enseñanza de la antropología

Laura Cerletti y Maximiliano Rúa (compiladores)

**Didáctica Especial y Prácticas de la Enseñanza
de la Antropología, carrera de Ciencias Antropológicas**



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decana Graciela Morgade	Secretaría de Investigación Cecilia Pérez de Micou	Consejo Editor Virginia Manzano Flora Hilert Marcelo Topuzian María Marta García Negroni
Vicedecano Américo Cristófalo	Secretario de Posgrado Alberto Damiani	Fernando Rodríguez Gustavo Daujotas Hernán Inverso Raúl Illescas
Secretario General Jorge Gugliotta	Subsecretaria de Bibliotecas María Rosa Mostaccio	Matías Verdecchia Jimena Pautasso Grisel Azcuy
Secretaría Académica Sofía Thisted	Subsecretario de Transferencia y Desarrollo Alejandro Valitutti	Silvia Gattafoni Rosa Gómez Rosa Graciela Palmas
Secretaría de Hacienda y Administración Marcela Lamelza	Subsecretaria de Relaciones Institucionales e Internacionales Silvana Campanini	Sergio Castelo Ayelén Suárez
Secretaría de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil Ivanna Petz	Subsecretario de Publicaciones Matías Cordo	Directora de imprenta Rosa Gómez

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Colección Libros de Cátedra

Coordinación Editorial: Martín Gonzalo Gómez
Maquetación: María de las Mercedes Dominguez Valle

ISBN 978-987-4019-20-2

© Facultad de Filosofía y Letras (UBA) 2016

Subsecretaría de Publicaciones

Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

Tel.: 4432-0606 int. 167 - info.publicaciones@filo.uba.ar

www.filo.uba.ar

La enseñanza de la antropología / Laura Cerletti ... [et al.];
compilado por Laura Cerletti ; Maximiliano Rúa. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires : Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de
Buenos Aires, 2016.
148 p. ; 20 x 14 cm. - (Libros de cátedra)

ISBN 978-987-4019-20-2

1. Formación Docente. 2. Antropología Social. I. Cerletti, Laura II. Cerletti,
Laura, comp. III. Rúa, Maximiliano, comp.
CDD 371.1

Índice

Presentación	7
<i>Laura Cerletti y Maximiliano Rúa</i>	
Enseñar antropología. Una introducción	15
<i>Elena L. Achilli</i>	
Capítulo 1	
La enseñanza de la antropología y la formación de profesores	29
<i>Liliana Sinisi, Laura Cerletti y Maximiliano Rúa</i>	
Capítulo 2	
Explorando sentidos en la enseñanza de la antropología. Nuevas carreras y planes de estudio en las primeras décadas del siglo XXI	45
<i>María de los Ángeles Menna</i>	
Capítulo 3	
Espacios de formación de la antropología social en Córdoba	63
<i>Miriam Abate Daga</i>	

Capítulo 4

Ingreso universitario y enseñanza de la antropología.

Reflexiones a partir de una experiencia docente en el Curso de nivelación de la Licenciatura en Antropología

(Universidad Nacional de Córdoba)

81

Lucía Caisso y María Lucía Tamagnini

Capítulo 5

Las problemáticas socioculturales y las relaciones sociales entre el pasado y el presente. Reflexiones sobre la enseñanza de la antropología desde el enfoque socioantropológico

99

María Mercedes Hirsch y Virginia M. Salerno

Capítulo 6

Antropología de la enseñanza. Conocimientos y experiencias

121

Laura Cerletti y Maximiliano Rúa

Los autores

143

Capítulo 5

Las problemáticas socioculturales y las relaciones sociales entre el pasado y el presente

Reflexiones sobre la enseñanza de la antropología desde el enfoque socioantropológico

María Mercedes Hirsch y Virginia M. Salerno

Introducción

En este trabajo reflexionamos sobre la centralidad que asume la construcción de un enfoque socioantropológico para abordar los procesos de enseñanza de la antropología en el marco del Profesorado en Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Didáctica Especial y Prácticas de la Enseñanza de la Antropología es la materia en la que confluyen los estudiantes de las dos orientaciones de la carrera (arqueología y sociocultural) luego de una trayectoria formativa diferenciada en doce materias. A pesar de estos recorridos diferenciados en la finalización de la carrera, el objetivo de la formación en ciencias antropológicas en esta institución es “formar graduados con una sólida preparación teórica y metodológica, capaces de responder idóneamente a la problemática sociocultural de nuestro país, tanto en el plano de la investigación como en la aplicación de esos conocimientos a cuestiones prácticas”, según se indica en el sitio web del Departamento de Antropología.¹

1 <<http://antropologia.filo.uba.ar/>>.

En este marco, pretendemos discutir el supuesto que asume que el análisis de los procesos y relaciones sociales, abordado desde las distintas perspectivas temporales involucradas en las orientaciones arqueología y sociocultural, llevaría a conformar objetos de estudio diferentes. De esto resulta que ambas orientaciones son frecuentemente consideradas como dos disciplinas, diferenciación que conlleva ciertos desafíos a la hora de trabajar en la enseñanza de la antropología como disciplina que incluye ambas orientaciones. El mayor desafío de este supuesto tiene que ver con la preocupación de muchos estudiantes en torno al dictado de “contenidos de arqueología” y “contenidos de antropología social” de forma separada al momento de profundizar las reflexiones sobre la enseñanza de las ciencias antropológicas. En este trabajo, ahondamos en la historia del proceso de la institucionalización de la carrera de Ciencias Antropológicas en la Universidad de Buenos Aires, prestando especial atención en la organización de especializaciones y recorridos diferenciados para la enseñanza de la antropología. A partir de ello, proponemos un enfoque que articula marcos conceptuales y epistemológicos de ambas orientaciones, poniendo en tensión que los mismos respondan a objetos de estudio diferentes.

Entre el Museo, el Instituto y la Facultad: sobre la institucionalización de la especialización

Las ciencias antropológicas se desarrollaron históricamente como una forma de conocimiento sobre “otros”, tanto en el tiempo como en el espacio (Gnecco, 2012 y Fabian, 1983). En función de ello se elaboraron múltiples enfoques que caracterizan a este campo disciplinar como un conjunto amplio de perspectivas y posicionamientos cuyo

denominador común remite a los interrogantes sobre las relaciones de alteridad. Esto es lo que Esteban Krotz definió como “pregunta antropológica”, en tanto organiza cierta especificidad de interrogantes en torno a lo humano dentro de las ciencias sociales:

... es la pregunta por los aspectos singulares y por la totalidad de los fenómenos humanos afectados por esta relación, que implica tanto la alteridad experimentada como lo propio que le es familiar a uno; es la pregunta por condiciones de posibilidad y límites, por causas y significado de esta alteridad, por sus formas y sus transformaciones, lo que implica a su vez la pregunta por su futuro y su sentido; finalmente es también siempre la pregunta por la posibilidad de la inteligibilidad y de la comunicabilidad de la alteridad y por los criterios para la acción que deben ser derivados de ella. (1994: 7)

Este interrogante fue variando a lo largo de la historia y los ámbitos en los que se desarrolló la antropología.² Por estos motivos, resulta relevante considerar ciertos aspectos que hacen a la historia disciplinar en la Universidad de Buenos Aires (UBA) que contribuyeron a delinear, no sólo ciertas preguntas en torno al campo de la antropología, sino también marcos conceptuales y epistemológicos que dieron lugar al actual recorrido formativo de la enseñanza de la antropología, organizado en dos orientaciones.

Durante el siglo XIX, las ciencias antropológicas se organizaron en torno al estudio del “hombre” desde un marco conceptual evolucionista y materialista. En Latinoamérica, este enfoque se desarrolló en instituciones en el marco

2 En este mismo libro, la Introducción escrita por Elena Achilli avanza sobre esta cuestión.

de la consolidación de los estados liberales de fines del siglo XIX en asociación con los ideales modernizadores de las elites gobernantes (Arenas, 1989 y Mantegari, 2002). Particularmente en Argentina, el estudio del “hombre americano” se expresa en la actividad desarrollada en el Museo de Historia Natural de Buenos Aires, el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la UBA, el Museo de Ciencias Naturales de la Universidad de la Plata, y las Sociedades Científica y de Geografía (Arenas, 1989). Particularmente, nos interesa detenernos en el Museo Etnográfico de la FFyL, fundado en 1904 con el propósito de impulsar la investigación, la formación universitaria y generar un centro de educación para el público en general (Pegoraro, 2009). En este espacio institucional se articulaban abordajes arqueológicos, geográficos y folklóricos en torno al estudio de las “ciencias del hombre” (Perazzi, 2003) que constituyeron las bases sobre las que se organizó la carrera de Ciencias Antropológicas cinco décadas después.

La Facultad de Filosofía y Letras de la UBA se fundó en 1896, marcando el inicio de un nuevo proyecto en el que esta institución significaba:

... el lugar para la ciencia y la investigación desinteresada en la UBA, como un sitio privilegiado para la formación de profesores para la enseñanza media y por último, a mediados de la década del 10, se intentó constituirla como el centro universitario por excelencia, complementario de las facultades profesionales y ámbito de formación de las elites dirigentes. (Buchbinder, 1997: 33)

En este contexto institucional, la creación del Museo Etnográfico, sólo ocho años después, permitió viabilizar la organización de la investigación y formación en

arqueología y etnografía, hasta ese momento concentrada en tres cátedras: desde 1899 se incluía en el plan de estudio “Arqueología Americana”, dictada por Samuel Lafone Quevedo; un curso de Juan B. Ambrosetti dedicado al estudio de la “Cultura Calchaquí”; y, desde 1903, un “Curso Libre de Antropología” a cargo de Roberto Lehmann Nitsche.

En sus inicios, el Museo fue un espacio clave en la formación de los estudiantes de la Facultad (Buchbinder, 1997). Bajo la dirección de Ambrosetti, este espacio institucional organizaba expediciones de estudio en el interior del país. Allí se adquirían colecciones que fueron utilizadas en las cátedras de Arqueología Americana y de Antropología (Pegoraro, 2009). Los procesos iniciados en el Museo Etnográfico contribuyeron a consensuar problemas de investigación y desarrollos epistemológicos a partir de los cuales se delinearon las especializaciones de las ciencias antropológicas como campo disciplinar (Perazzi, 2003).

El proceso de Reforma Universitaria de 1918 no sólo posibilitó el ingreso de nuevos actores a la estructura de la Facultad; además generó una serie de transformaciones que dieron como resultado la formulación de una carrera académica con tres secciones principales: filosofía, historia y letras. En la sección de historia, se incluyeron las cátedras de Antropología y Etnografía general (a cargo del profesor Lehmann Nitsche, con contenidos referidos a la antropología física) y Arqueología americana (a cargo del profesor Debenedetti, con contenidos de arqueología de pueblos andinos). La reestructuración del proceso de reforma también involucró la generación de espacios para la investigación dentro del ámbito universitario, más allá de los que se desarrollaban en el Museo Etnográfico.³ A pesar de esta primera división, se sostuvo

3 En la FFyL, Buchbinder informa que entre 1921 y 1942 se sumaron a los espacios ya existentes

una posición explícita de “no admitir una extrema especialización, pues esta era contraria a la unidad de la cultura humanista” (Buchbinder, 1997: 115).

El debate sobre la especialización de las humanidades continuó en las siguientes décadas contribuyendo a nuevas reformulaciones disciplinares que departamentalizó los espacios curriculares (Buchbinder, 1997).⁴ En este contexto, en 1958 se creó la carrera en Ciencias Antropológicas, siendo un paso fundamental en los procesos de consolidación disciplinar y profesionalización, que con el tiempo dieron lugar a diferenciaciones subdisciplinarias (Guber *et al.*, 2007). Este crecimiento y especialización de las ciencias humanas formó parte de los procesos de profesionalización y especialización de la ciencia en general durante el siglo XX a partir de la implementación de políticas desarrollistas (Escobar, 1998). De tal forma, los científicos se convirtieron en trabajadores de las universidades, de centros de investigación estatales y/o industriales (Bowler y Morus, 2007). Según Wallerstein (1996), la especialización de las ciencias sociales implicó la organización de la producción de conocimientos de acuerdo con las necesidades de expansión del mundo capitalista.

En ese contexto, en 1958 se formalizó un plan de estudios para la carrera en Ciencias Antropológicas en la UBA con tres orientaciones: etnología, arqueología y folklore (Perazzi, 2003). En ese momento, tanto los estudiantes como los docentes de la carrera provenían de espacios de formación sumamente heterogéneos, y fue en el diálogo entre estudiantes y profesores que se fueron conformando los equipos de trabajo, entre los que preponderaba una inclinación hacia la escuela histórico-cultural.

—como del Museo Etnográfico—, dieciséis institutos cuyas actividades se encontraban ligadas a los equipos de cátedras que los integraron.

- 4 Además, se crearon las carreras de Geografía en 1956; Ciencias de la Educación, Psicología y Sociología en 1957; Historia en 1958, e Historia de las Artes en 1962.

Estos abordajes se organizaron con una fuerte influencia de la antropología funcionalista y la ecología cultural norteamericana. Perspectivas que fueron alentadas mediante programas de becas e intercambios en el exterior de algunos de los estudiantes. En este marco, se realizaron muchos trabajos (estudios de impacto y de área) para organismos oficiales y empresas con equipos interdisciplinarios conducidos por unos pocos docentes e integrados por estudiantes avanzados de las tres orientaciones (Ciclo Trayectorias, en CGA, 1989). El trabajo en el Museo Etnográfico fue quedando acotado a la exhibición y conservación de materiales, sin por ello dejar de ser un ámbito primordial para la docencia y la investigación en la Facultad (Roca, 2008). En esta institución se desarrollaban enfoques que unificaban la antropología física, el folklore y la arqueología, siendo la etnografía una técnica incipiente.⁵

Hacia 1980, con el restablecimiento del orden democrático, se dieron una serie de transformaciones a nivel nacional que impactaron en la organización de la actividad científica y la enseñanza universitaria en el país (Hurtado de Mendoza, 2010). En la UBA se inició un programa de becas de investigación promoviendo la institucionalización y jerarquización del trabajo de investigación. En antropología, las nuevas herramientas académicas posibilitaron la profundización de distintas líneas de especialización disciplinar: antropología biológica, arqueología, etnología y folklore y, a partir de 1985, etnohistoria y antropología social (CGA, 1989).

En 1985 se aprobó el último cambio de plan de estudios para la carrera de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras. Este nuevo plan curricular

5 *Cfr.* ciclo Trayectorias Colegio de Graduados en Antropología; especialmente las entrevistas a Carlos Herrán, Eduardo Menéndez, Mirtha Lischetti, Myriam Tarragó y María Rosa Neufeld.

estableció un tronco común con dos orientaciones: socio-cultural y arqueológica, y dos opciones de terminalidad: licenciatura y profesorado. Desde entonces, la fuerte diversificación y especialización disciplinar se vio reflejada en múltiples y diversas reuniones científicas, así como en el aumento cuantitativo de graduados, el fortalecimiento de grupos de investigación y la conformación de asociaciones profesionales (Pupio y Salerno, 2014 y Garbulsky, 2003).

Entendemos que esta historización contribuye a contextualizar algunas tensiones recurrentes identificadas durante los últimos años en la cursada de aquellos estudiantes que optan por la opción del Profesorado en Ciencias Antropológicas. Las mismas remiten al supuesto mencionado en la introducción sobre la distancia entre las dos orientaciones actuales de la carrera de Ciencias Antropológicas. A la luz del recorrido de la institucionalización disciplinar en la UBA, no sólo resulta que la organización de la enseñanza de la antropología en dos orientaciones constituye una modalidad medianamente nueva. Además, las formas de diversificación y especialización disciplinar se fueron reformulando en variados caminos a lo largo del proceso de institucionalización.

En el dictado de la materia, emerge como conflicto el modo en que se establece la relación entre las dos orientaciones de la carrera para pensar la antropología como objeto de enseñanza que las incluya a ambas. Esto se observa a partir de cuestionamientos de los estudiantes sobre la bibliografía y el modo en que la “arqueología” es “incluida” en el dictado de la materia: “¿cuántos textos de arqueología hay en el programa?”; “yo me quiero anotar en el práctico de la arqueóloga”; “yo no sé hacer registros etnográficos”. Para comprender esta situación es necesario aclarar que en nuestro espacio curricular hay una mayor cantidad de

estudiantes y docentes de la orientación sociocultural por sobre la orientación en arqueología.⁶

Desde nuestro punto de vista, la percepción de distancia entre la orientación en arqueología y sociocultural se agudiza en nuestro espacio curricular por la proporción desigual de estudiantes y docentes de ambas orientaciones. Esto se suma al desconocimiento de la diversidad de recorridos formativos en cada orientación —que incluyen distintas tradiciones teóricas⁷ así como puntos de acuerdo y desacuerdo teórico-epistemológicos—. Esto nos lleva a pensar que la naturalización del proceso de institucionalización de las dos orientaciones —que en este caso responde a una historia de constantes reformulaciones de espacios— lleva a que en la práctica cotidiana perdamos de vista su constitución como campo disciplinar unificado. Si consideramos la diversidad que esta naturalización oculta, notaríamos que en algunos casos existen más puntos en común entre estudiantes y docentes de arqueología y antropología sociocultural que entre algunos recorridos formativos de estudiantes y docentes de la misma orientación, cuestión que podemos observar a medida que avanza la cursada de la materia cada año. Así por ejemplo, pueden observarse mayores puntos de encuentros entre arqueólogos y antropólogos que abordan procesos de memoria e identidad indígena que de éstos con arqueólogos que desarrollan enfoques bioarqueológicos y antropólogos que trabajan la modelización de las relaciones sociales. En este sentido, consideramos que los acuerdos teórico epistemológicos están dados por la construcción del objeto y no por las características metodológicas del abordaje, cuestión sobre la que avanzaremos en el próximo apartado.

6 Esta diferente representación se da en la matrícula de la carrera de Ciencias Antropológicas de nuestra Universidad.

7 Para profundizar en esta idea, *cfr.* el texto de Cerletti y Rua en este libro.

El enfoque: articulando las dimensiones relacional y material

En este apartado nos proponemos identificar los elementos teóricos y epistemológicos del tronco común de la carrera. Nuestro supuesto es que los mismos son apoyatura de la pregunta antropológica en relación con la alteridad en ambas orientaciones: el enfoque holístico interpretativo y la centralidad de los procesos socioculturales y el abordaje minucioso de las relaciones sociales. Estas últimas constituyen procesos socioculturales a partir de prácticas sociales, que se observan en las acciones, los discursos y las distintas construcciones materiales en el devenir de la vida cotidiana que registramos a través de distintos instrumentos (con los que construimos nuestros registros etnográficos o arqueológicos). Por estos motivos, destacamos la importancia de un abordaje holístico que contemple la materialidad, la historicidad y la complejidad como parte constitutiva de la vida cotidiana en los procesos socioculturales. En este apartado repasamos algunas discusiones que se dan en ambas orientaciones vinculadas a este abordaje.

Desde la antropología social retomamos el análisis holístico interpretativo de las prácticas sociales que se despliegan en la vida cotidiana a partir de los planteos de Rockwell, Achilli y Menéndez respecto al enfoque relacional. En este se retoma el enfoque sobre la vida cotidiana desde el punto de vista de Agnes Heller y Antonio Gramsci, entendida como un espacio heterogéneo, dinámico y por lo tanto conflictivo en el cual se yuxtaponen múltiples temporalidades y contextos que configuran y son configuradas por las experiencias de los sujetos (Cerletti y Santillán, 2014 y Padawer, 2010). Por estos motivos, la experiencia de los sujetos se constituye en un articulador de múltiples contextos

y temporalidades anudadas en la vida cotidiana. Esta articulación compleja implica que las distintas dimensiones de los procesos socioculturales no pueden ser abordadas sino es de forma interrelacionada, a partir de observar las prácticas (incluyendo las representaciones y los objetos que producen) que constituyen las relaciones sociales.

De esta manera, el carácter relacional de la vida cotidiana permite dar cuenta de las diferentes formas en que en una formación social específica se producen y reproducen las luchas sociales y culturales, dando cuenta de las relaciones de poder y la lucha por la hegemonía en las acciones cotidianas. En el devenir de este proceso de producción y reproducción se invisibilizan la profundidad histórica y la complejidad social de las variadas vivencias individuales.

Esta concepción teórica en torno a una vida cotidiana impregnada de historia, dinámica y compleja, implica documentar lo no documentado, de forma tal que el análisis de estos procesos esté anclado en una descripción teóricamente informada de los mismos (Rockwell, 2009 y Achilli, 2005) y que permita reconstruir un presente historizado. Este punto es de suma importancia porque requiere un complejo proceso reflexivo sobre la construcción de los datos, dado que la pregunta y la posición del investigador están involucradas en dicho proceso y en la descripción que realizamos sobre la problemática social abordada. Es por ello que la contextualización conlleva la integración, por parte del investigador, de dimensiones de distinta índole articuladas sistemática y reflexivamente en el proceso interpretativo. Este tipo de enfoque indiciario parte de anticipaciones de sentido, de supuestos teóricos y de sentido común del investigador, y de diferentes estrategias metodológicas diseñadas para cada referente empírico. A partir de ello, se busca relevar significaciones que parecen contradictorias, huellas emergentes de procesos sociales previos que

perviven en la vida cotidiana, microprácticas que muchas veces son invisibilizadas y tensiones que se plantean entre lo que los sujetos dicen que hacen y lo que efectivamente hacen (Lahire, 2006).

En el proceso interpretativo, el investigador busca reconstruir el punto de vista del otro, corriéndose de un diagnóstico evaluativo a partir desnaturalizar las prácticas y sentidos cotidianos, construyendo una nueva problemática. La historización de las prácticas es una herramienta central para el análisis de la experiencia de los sujetos, ya que pone de manifiesto los múltiples procesos históricos y sociales que la configuran (Neufeld, 1997). Por estos motivos, el presente es comprendido en clave del pasado, recuperando los contenidos históricos que lo particularizan. Es decir, el presente etnográfico es siempre un presente historizado que permite encontrar las relaciones lógicas entre prácticas y sentidos que pueden aparecer como contradictorias en la vida cotidiana.

A su vez, entendemos que la arqueología, como toda vía de producción de conocimiento sobre el pasado, constituye una intervención en el presente. En términos epistémicos, la arqueología elabora su especificidad a partir de su forma de abordaje, centrada en el estudio de restos materiales —objetos, fragmentos de cosas, paisajes, entre otros— (Trigger, 1992). La arqueología parte del estudio de aquello que perdura, esto es, objetos y estructuras del paisaje que conforman indicios fragmentarios sobre los contextos sociales pasados en que esos materiales tuvieron sentido, en un momento y lugar determinado. Este modelo de conocimiento se sustenta en una serie de concepciones sobre los materiales que a lo largo del tiempo implicaron la elaboración de categorías de análisis —registro arqueológico, cultura material, materialidad—. Las mismas se formularon con base a diferencias ontológicas y epistemológicas sobre

cómo entender los materiales y su relación con el mundo social que se busca conocer.

Nuestra perspectiva de la arqueología recupera los desarrollos teóricos y metodológicos que se vienen realizando desde la década de 1980 en el marco del replanteo de las ciencias sociales impulsado por las teorías de la práctica y de la agencia (Bourdieu, 1997 y 2007, y Giddens, 1995). En el marco de estos replanteos se recuperó la importancia del estudio de los contextos materiales en los que tienen lugar las relaciones humanas, ya no como indicadores pasivos sino como parte de la vida social. Si bien esta forma de considerar el lugar de los materiales en la vida social había sido tempranamente planteada por antropólogos clásicos como Malinowsky, las tendencias ideacionalistas de las ciencias antropológicas durante el siglo XX llevaron a los antropólogos, e irónicamente a muchos arqueólogos, a minimizar, ignorar o pasar por alto la importancia de lo material en la vida humana (Boivin, 2008 y Miller, 2005). Los objetos se transformaron en un tema de estudio inapropiado o, en el mejor de los casos, secundario, de una disciplina enfocada en las relaciones sociales (en la gente y no en las cosas). Un punto señalado por Keane (2005) y otros acerca de la invisibilidad de los objetos, es que ésta es parte de la labor mental/física, o del dualismo jerárquico mente/materia, prevalente en el modernismo.

En la antropología es de alguna manera menos importante y menos aceptable estudiar los objetos ya que se supone que lo que los antropólogos hacen es estudiar ideas. Podemos hacer fácilmente el salto de este punto a la crítica marxista sobre el rol de la religión en la perpetuación del capitalismo (Van Dike, 2015: 153). En rechazo a estos enfoques, la renovación teórica de fines de siglo impulsó variados estudios sobre la existencia de los objetos en el mundo social, sobre la importancia de lo material en la constitución

humana. Estos desarrollos tuvieron lugar en el marco de los nuevos estudios de la cultura material y de enfoques que en los últimos años comenzaron a utilizar la categoría “materialidad” (Cansino Salas, 1999). En consonancia, el enfoque de las ciencias antropológicas que proponemos en este espacio resalta para ambas orientaciones la materialidad, la historicidad, la complejidad y la relacionalidad como categorías constitutivas para el estudio de los procesos socio-culturales y las relaciones sociales que se producen en las experiencias de los sujetos en la vida cotidiana, tanto en el pasado como en el presente.

La noción de materialidad parte de entender que existimos en un espacio y un tiempo, en las relaciones que se establecen con otros sujetos en un entorno material y sensorial (Mills y Walker, 2008). Esta perspectiva se sostiene en la ruptura de la dicotomía sujeto/objeto que se desarrolla como parte de las oposiciones entre mundo ideal y mundo material, naturaleza y cultura, pasado y presente (Lander, 2003). En contraste con dichas dicotomías, la noción de materialidad contribuye a generar una perspectiva holística de las relaciones humanas, incluyendo las múltiples relaciones en que sujetos y objetos son constituidos en un momento y lugar determinado.

En términos generales, puede decirse que estos enfoques consideran la arqueología como una ciencia social que intenta dar cuenta de las particularidades de la vida social mediante el estudio de los materiales. El punto de partida de estos abordajes es que los objetos son una parte significativa de la vida social, en tanto integran las experiencias de las personas (Cansino Salas, 1999). Por estos motivos, su estudio resulta indispensable para rastrear, pensar y comprender las relaciones sociales de los grupos humanos del pasado y del presente. Asumir el carácter social de los materiales implica comprenderlos a partir de múltiples y

variadas redes de relaciones que los definen continuamente, impidiendo de esa manera la atribución de propiedades esenciales, eternas y/o naturales, interpretándolos como objetos cambiantes, definidos cultural e históricamente (Appadurai, 1986).

Es importante no perder de vista que es a partir de las relaciones sociales, sus representaciones e historicidad, que los objetos adquieren significación. Es decir, no es correcto hacer un equiparamiento ontológico entre humanos y materiales. La importancia de los objetos reside en que lo material es parte de la constitución humana al punto que tendemos a no notar su existencia (Van Dike, 2015). La historicidad de los procesos sociales hace referencia al vínculo entre pasado, presente y futuro a partir del cual se configuran prácticas y relaciones concretas en un momento determinado. Entre otras cosas, la “historicidad” del presente se hace tangible en su dimensión material. Por estos motivos, el estudio de los materiales nos permite acercarnos a las relaciones sociales que se despliegan entre sujetos y que en muchos casos permanecen y sobreviven a los propios individuos.

En suma, entendemos que los objetos, las prácticas y las representaciones son apropiadas y resignificadas de forma tal que constituyen procesos socioculturales y experiencias de sujetos invisibles a primera vista; por eso, tanto la orientación sociocultural como la arqueológica nos hablan de relaciones sociales que, si bien están siendo analizadas en el presente, son producto de complejas temporalidades. En este sentido, resaltamos la *historicidad* y el dinamismo de los grupos sociales que da sentido al desarrollo de la historia (Auge, 1995). En ambas orientaciones, esta temporalidad es estudiada a partir de la relación entre presente y pasado, constituyendo una dimensión central del objeto de estudio de la antropología. De esta manera, se elabora una mirada

sobre el pasado cuyo sentido es parte del presente y una mirada sobre el presente producto de un desarrollo histórico, configurando un presente etnográfico que es un presente historizado.

Algunas reflexiones finales

La discusión que aquí presentamos se propone problematizar la relación epistémica entre las dos orientaciones de la carrera de Ciencias Antropológicas en la Universidad de Buenos Aires. Para esto realizamos una breve historización sobre el modo en que la misma se institucionalizó en la UBA. Aunque esquemático, este recuento histórico resultó fundamental para dar cuenta de los intercambios teórico-epistemológicos entre ambas orientaciones y desnaturalizar la idea de que corresponden a campos de conocimiento diferentes. A su vez, encontramos ciertos aspectos centrales para la construcción del conocimiento antropológico que nos permitieron identificar un punto de partida común del estudio de las problemáticas socioculturales: la importancia del extrañamiento en la construcción de la alteridad.⁸ Establecimos un camino reflexivo sobre cómo generar un abordaje holístico de las relaciones sociales que integre nuestras formaciones, destacando la materialidad, la historicidad, la complejidad y la relacionalidad como categorías constitutivas para el estudio de los procesos socioculturales que se despliegan en la vida cotidiana, tanto en el pasado como en el presente.

Llegando al final de este trabajo, reflexionamos sobre el propósito de la construcción y consolidación de este enfoque para la enseñanza de la antropología. En este punto

8 Cfr. Achilli en este libro.

resulta fundamental volver la mirada al contexto en que los egresados de nuestra facultad despliegan sus prácticas docentes. Un aspecto central es que la materia Antropología se dicta en muy pocos ámbitos del sistema educativo argentino (en general en terciarios), lo que implica un desafío para los profesores de antropología. Desde la cátedra se elabora una propuesta de trabajo en función de estas particularidades, dado que la mayoría de los estudiantes hacen sus prácticas en materias que no son antropología y los contenidos que deben abordar integran otras lógicas disciplinares y epistémicas. En este sentido, reforzar el enfoque socioantropológico integrando las trayectorias formativas de la orientación arqueología y sociocultural permite establecer nexos entre los marcos epistémicos de las distintas disciplinas involucradas en la construcción de conocimientos sobre el mundo social en las aulas. Tal como plantean Sinisi, Cerletti y Rúa (2011: 97-98):

Desde la especificidad teórico-metodológica de la propia formación en antropología se argumenta una propuesta de transposición didáctica en relación a qué se quiere enseñar, dónde y a quiénes. Así, en el desarrollo de la materia, se va avanzando en el trabajo de registro de las prácticas cotidianas y sentidos puestos en juego por los sujetos en contextos de enseñanza-aprendizaje concretos, y el respectivo análisis interpretativo. Asimismo, estos avances se van retroalimentando por un lado con las discusiones teóricas y epistemológicas en torno a los contenidos disciplinares y los contextos de enseñanza/aprendizaje incluyendo los sujetos del proceso, y los “para qué” de los mismos.⁹

9 El texto completo se encuentra para su consulta en este mismo libro.

Esto implica un posicionamiento político/ideológico, teórico y epistémico para un contexto determinado por parte del docente.

A modo de cierre, resaltamos la importancia de abordar la construcción de los objetos de conocimiento de las ciencias antropológicas explorando las relaciones que se establecen entre arqueología y antropología social. Ambas orientaciones construyen objetos de estudio que problematizan las relaciones sociales y las trayectorias contextualizadas de los sujetos a partir de un enfoque holístico interpretativo, relacional y material. Este enfoque recupera la temporalidad observada en las prácticas sociales, tanto a partir del análisis de registros etnográficos como del análisis de registros materiales, entendiendo la importancia de contextualizar su producción para construir una problemática que incluye el punto de vista del otro.

Bibliografía

- Achilli, E. (2005). *Investigar en antropología social. Los desafíos de transmitir un oficio*. Rosario, Laborde.
- Appadurai, A. (1986 [1991]). *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. Grijalbo, México.
- Arenas, P. (1989). La antropología en la Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX. En *Runa*, núm. 19, pp. 147-160. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras (UBA).
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, Anagrama.
- _____. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Bowler, P. y Morus, I. R. (2007). *Panorama general de la ciencia moderna*. Madrid, Critica.

- Buchbinder, P. (1997). *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires, Eudeba.
- Cansino Salas, R. (1999). Perspectivas sobre la cultura material. En *Anales de Desclasificación*, vol. 1, núm. 2, pp. 1-20.
- Cerletti, L. y Santillán, L. (2014). Lo "histórico" en la investigación etnográfica: las presencias de múltiples temporalidades, dificultades y desafíos. En *III Seminario-Taller de la Red en Antropología y Educación*. Tigre, Buenos Aires (mimeo).
- Colegio de Graduados en Antropología (CGA) (1989). *Jornadas de Antropología: 30 Años de la Carrera en Buenos Aires (1958- 1988)*, pp. 97- 123. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras (UBA).
- Escobar, A. (1998). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Santa Fé de Bogotá, Norma.
- Fabian, J. (1983). *Time and others. How anthropology makes its object*. Nueva York, Columbia University Press.
- Garbulsky, E. (2003). La antropología argentina en su historia y perspectivas. El tratamiento de la diversidad, desde la negación/omisión a la opción emancipadora. En *I Jornadas Experiencias de la Diversidad*. Santa Fe, Universidad Nacional de Rosario, Centro de Estudios sobre Diversidad Cultural de la Facultad de Humanidades y Artes.
- Giddens, A. (1995). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Gnecco, C. (2012). Arqueología multicultural. Notas intempestivas. *Complutum*, vol. 23, núm. 2, pp. 93-102.
- Guber, R., Bonnin, M. y Laguens, A. G. (2007). Tejedoras, topos y partisanos. Prácticas y nociones acerca del trabajo de campo en la arqueología y la antropología social en la Argentina. En *Relaciones*, núm. XXXII, pp. 381-406.
- Hurtado de Mendoza, D. (2010). *La ciencia argentina. Un proyecto inconcluso: 1930-2000*. Buenos Aires, Edhasa.
- Krotz, E. (1994). Alteridad y pregunta antropológica. En *Alteridades*, vol. 4, núm. 8, pp. 5-11.
- Lahire, B. (2006). *El espíritu sociológico*. Buenos Aires, Manantial.

- Lander, E. (2003). Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos. En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericana*, pp. 11-41. Buenos Aires, CLACSO.
- Mantegari, C. (2002). Naturaleza y modernización en el siglo XIX: la expansión de la institucionalización científica. En *Saber y tiempo*, núm. 14, pp. 11-31.
- Mills, B. y Walker, W. H. (eds.). (2008). *Memory Work: Archaeologies of Material Practices*. Santa Fe, School of Advanced Research Press.
- Neufeld, M. R. (1997). Acerca de antropología social e historia: una mirada desde la antropología de la educación. En *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, núm. 17, pp. 145-158.
- Padawer, A. (2010). Tiempo de estudiar, tiempo de trabajar: la conceptualización de la infancia y la participación de los niños en la vida productiva como experiencia formativa. En *Horizontes Antropológicos*, vol. 16, núm. 34, pp. 349-375.
- Pegoraro, A. (2009). *Las colecciones del museo etnográfico de la Universidad de Buenos Aires: un episodio de la historia del americanismo en la Argentina 1890-1927*. Tesis de doctorado. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Perazzi, P. (2003). *Hermenéutica de la barbarie. Una historia de la antropología en Buenos Aires, 1935-1966*. Buenos Aires, SAA.
- Pupio A. y Salerno, V. (2014). El concepto de patrimonio en el campo de la arqueología argentina. Análisis de los trabajos presentados en los congresos nacionales de arqueología (1970-2010). En *Revista Intersecciones en Antropología*, vol. 15, pp. 115-129.
- Rockwell, E. (2009). *La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires, Paidós.
- Sinisi, L., Cerletti, L. y Rua, M. (2011). La enseñanza de la antropología y la formación de profesores. En *Espacios de Crítica y Producción*, núm. 46, pp. 94-101.
- Trigger, B. (1992). *Historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona, Crítica.
- Van Dike, R. M. (2015). La intencionalidad importa: una crítica a la agencia de los objetos en arqueología. En *Personas, cosas, relaciones. Reflexiones arqueológicas sobre las materialidades pasadas y presentes*. Acuto, F. y Franco Salvi, V. (eds.), pp. 151-174. Quito, Abia Yala.

Wallerstein, I. (coord.) (1996). Abrir las ciencias sociales: Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales. México, Siglo XXI - Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.